

## La creación literaria en la trayectoria de la revista ALCÁNTARA

*Para Elena y otros muchos compañeros más.*

Suponemos que antes o después se habrá dicho que la revista ALCÁNTARA había nacido el año 1945 en Cáceres, dirigida por Tomás Martín Gil y fundada por este mismo junto con otros tres poetas<sup>1</sup> Jesús Delgado Valhondo, Fernando Bravo y José Canal<sup>2</sup>. Tras la muerte de Mar-

<sup>1</sup> «El director no lo era», apunta Miguel Muñoz de San Pedro, conde de Canilleros y San Miguel, uno de los asiduos colaboradores de la revista, en *Antología poética de Cáceres*, Madrid, Caja de Ahorros, 1968, p. 13. Sólo conocemos una obra publicada por Tomás Martín Gil, *Motivos extremeños*, Madrid, Escuelas del Sagrado Corazón, 1968, póstuma. Vid. Pecellín Lancharro, Manuel: *Literatura en Extremadura*, vol. III, Badajoz, Universitas Editorial, Biblioteca Básica Extremeña, 1983, especialmente la sección «Apéndice». Una obra que tendremos obligatoriamente en cuenta a lo largo de este trabajo.

<sup>2</sup> La fortuna editorial de estos tres poetas ha sido muy distinta. Frente a la casi ingente cantidad de poemarios y prosas que publica Jesús Delgado Valhondo, y que le convierten sin duda en la más sólida referencia de la poesía extremeña quizá de todo el siglo, tenemos la mucho más dispersa de Canal y la muy extraña de Fernando Bravo. Extraña la de este último, nacido en 1906, y del que sólo tenemos constancia de dos o tres poemarios unidos por el mismo tema, la Navidad, y publicados entre 1967 y 1980 (vid. Pecellín, *op. cit.*, p. 331), una corta cronología de publicaciones para una larga trayectoria literaria, como lo avala su participación en la revista. José Canal Rosado, 1913-1980, publicó tres poemarios, algo separados en el tiempo: *Viento amarrado*, Cáceres, Cuadernos de Alcántara, n. 9, abril 1954; *El mar cercano*, Palencia, Col. Rocamador, 1961, y *Ciento volando*, Cáceres, Ed. Extremadura, 1970. El año de su muerte, Víctor

Foto: Valentín Javier. (libro: Cáceres tierras y pueblos).  
Firmes y solemnes, las piedras del Puente de Alcántara  
producen la emoción de lo eterno.

tín Gil, cuando la revista acaba de cumplir catorce números, ALCÁNTARA comienza una «Nueva etapa» y pasa a depender directamente de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres. Pedro Romero Mendoza es nombrado director, cargo que ocupará hasta su muerte en agosto de 1969, víctima de un accidente de tráfico<sup>3</sup>. Tras un período de dirección interina en la persona de Valeriano Gutiérrez Macías<sup>4</sup>, en el número 158<sup>5</sup> se nos informa que la revista inicia una «tercera singladura», ahora dirigida por Carlos Callejo Serrano<sup>6</sup>, que durará hasta el año 1980. Tras esta

Gerardo García Camino preparó una antología de su obra en la que recopiló poemas de sus tres libros publicados así como la práctica totalidad de cuanto Canal publicó en ALCÁNTARA a lo largo de toda su andadura y que no había sido recogido en ninguno de sus poemarios, *Antología*, Cáceres, Caja de Ahorros de Cáceres, 1980. La presencia de los tres autores es casi constante a lo largo de la publicación de la revista, pero sin duda la de Valhondo (que conoce nuevas etapas de la revista) y la de Canal, que fue secretario de la revista, y con su muerte terminó la extensa primera etapa de la misma, sean las más importantes.

<sup>3</sup> Conviene detenerse siquiera brevemente en él, pues sobre sus hombros recayó el peso de la dilatada aventura de la revista durante casi veinte años. Uno de los intelectuales más queridos y respetados de su tiempo en el entorno extremeño en que siempre se movió. Su obra es muy amplia y abarcó tanto poesía (*Viaje al cielo*, Madrid 1965) como narraciones (género que inicia en los años veinte, él había nacido en 1896, con *El Padre Ramón*, Madrid 1923, y al que regresa casi cuarenta años después con *«El Chupao» y otros cuentos*, Madrid, Imp. Clavileño, 1963) y ensayos, centrados, sobre todo en la literatura del xix y comienzos del xx (*vid. Pecellín, op. cit.*, p. 345). En la revista, además de las funciones de director, y con un tremendo currículum de colaboraciones de creación tanto en poesía como en prosa, Romero Mendoza además firmaba con el seudónimo de «El aprendiz de hablador» la sección «Crítica sin hiel», dedicada a los usos lingüísticos, que tras su muerte fue antologizada, *Crítica sin hiel*, Madrid 1969. Su esposa, Eladia Montesino, fue también asidua colaboradora.

<sup>4</sup> Otro *factotum* de la revista. Aunque apenas si publicó algún relato de creación y algún poema suelto, no se explicaría la trayectoria de la revista sin él. Omnipresente a lo largo de casi todos los números (conoce la tercera época también), nos limitamos a reseñarlo únicamente, pues, como advertimos, su aportación al capítulo que nos convoca, es irrelevante.

<sup>5</sup> Más de una vez habremos de referirnos a este número, pues supuso no sólo un radical cambio de secciones en la publicación, sino que aportó también algunas novedades «físicas», por ejemplo, la portada deja de imprimir las letras del nombre de la revista en color rojo, desde ahora, y hasta el final de la «singladura», se imprimen en negro. También es evidente una mejora en la calidad del papel, ahora es satinado. Con todo, hay cosas que permanecen, la cruz de Alcántara que adornaba las portadas sigue impresa en color verde.

<sup>6</sup> Había nacido el 28 de enero de 1911. Publica obras literarias y también trabajos de investigación. Su labor como director propició una amplia reforma en la andadura de la revista (*vid. nota anterior*), que perdió un tanto su carácter tradicional para ir ade-

primera y extensa, extensísima etapa, inusual en una revista provincial como la que nos compete, de ciento noventa y siete números, ALCÁNTARA ha conocido hasta dos épocas distintas más: una segunda etapa, mucho más breve, que conoce dieciocho números, desde 1980 hasta 1984, dirigida por Domingo Tomás Navarro<sup>7</sup>, y una tercera que toma el testigo en esta fecha, y sigue gozosamente viva mientras preparamos esto, bajo la dirección de Romano García. Tal redundancia en algo ya conocido o que pronto se conocerá encuentra su explicación en que el cometido de este trabajo es esbozar un (forzosamente) breve panorama de la presencia literaria a lo largo de la singladura de la revista, y conviene destacar desde un primer momento que las tres distintas épocas que atraviesa ALCÁNTARA, suponen también diferentes modos de admitir y entender el hecho literario (poesía, cuento, glosa, etc.) en sus ya numerosísimas páginas. Será este criterio cronológico el que nos guíe a la hora de navegar por sus contenidos estrictamente literarios, en cuanto a creación se refiere, deteniéndonos brevísimamente en algunos aspectos (autores, obras, etc.) que nos llamen sobremanera la atención.

Con todo, fue más que su longeva vida, su decidido impulso, su declarada apuesta por el género literario, expresa en el mismo subtítulo que acompañó a la revista buena parte de su travesía, «Revista de Literatura»<sup>8</sup>, la que permite que contabilicemos a lo largo de su andadura un inusual número de autores que publicarán, con mayor o menor intensidad en ella. Hasta casi doscientos cincuenta nombres distintos adornan nuestra publicación en todos estos años, sólo en el ámbito de la poesía; sumemos algunas decenas más en la narración. Tan elevado número nos parece una prueba palpable (acertada o no ya es otro cantar) de la liberalidad con que la revista abre sus páginas a las inquietu-

cuándose a los nuevos tiempos. En su etapa empiezan algunos de los nombres señeros de las letras extremeñas de hoy. En cuanto a su labor, muy desigual, como el resto de los colaboradores, reseñar su aportación en todos los géneros: poesía, prosa y ensayo, aunque en este género, como tendremos ocasión de ver, se mostrara un tanto dogmático e intransigente. (*Vid. Pecellín, op. cit.*, p. 332).

<sup>7</sup> Nunca publica nada de creación en la breve etapa en que la revista navega bajo su mando. Que sepamos, publica *El paraguazo*, Cáceres, Ed. Longino, 1974.

<sup>8</sup> Un subtítulo que desaparece en el número 158. Durante la segunda tiene el más político de «Al servicio de la provincia de Cáceres», y en la tercera, el que aún mantiene, de carácter más cultural: «Revista del Seminario de Estudios Cacerreños». Volvemos luego sobre este asunto.

des literarias de unos autores que (en un elevadísimo porcentaje de los casos) nunca volverán a publicar nada. La creación literaria es, no cabe duda uno de los pilares básicos sobre el que se asienta ALCÁNTARA a lo largo de su extenso recorrido. Pero esta orientación, y es lo que vamos a tener ocasión de ir viendo ahora, no se dio siempre con la misma intensidad, ni los objetivos editoriales, a lo largo de sus diferentes etapas, parecieron ir por los mismos derroteros.

#### LA PRIMERA ÉPOCA. 1945-1980

La importancia que ALCÁNTARA llega a adquirir como vehículo cultural extremeño (en honor a la verdad, más cacereño que extremeño, y espero que no se tome esto como un reproche) no se tradujo en una impronta a nivel nacional. Por lo menos, no se deduce de las muy esporádicas colaboraciones que de autores nacionales (más o menos importantes del momento) incluye la revista. A lo largo de esta primera etapa, sólo Enrique Azcoaga (en el núm. 1), Ramón de Garciasol (prosa, en el 21), Manuel Arce (en el 27 y en 31 y 34, y no poesía, sino teatro) y Manuel García Viñó (en dos núms. también, 56-57-58 y 62) se presentan (y, extrañamente en lo que será la caótica dirección estética de la revista, con un tipo de literatura que parte de inquietudes afines) como muestra de la literatura española del momento. Únase a ellos el ejercicio —reducidísimo— de lo que podríamos considerar autores extremeños consagrados a nivel nacional. Sólo en un par de números aparecerá la firma de autores como José María Valverde o Alfonso Albalá. Otras dos grandes figuras extremeñas de proyección nacional como Eugenio Frutos y Pedro Caba, menudearán por las páginas de ALCÁNTARA, pero Frutos, que aparece en la revista durante casi toda esta primera etapa, raramente publica creación (alguna que otra poesía muy dispersa) sino que prefiere artículos de orientación filosófica. Algo parecido, aunque en este caso más explicable ocurre con Pedro Caba.

Digamos también que la revista se atrevió —dado que lo hizo sólo un par de veces— con la publicación de obras de autores foráneos que llegaron, eso sí, traducidas: Camoens, Francis Jammes (en el núm. 27) y Boris Pasternak (en el 135). El inmenso resto lo constituye un formida-

ble elenco de poetas y prosistas, casi todos locales, casi todos olvidados, de los que, lo más sucintamente posible, trataremos de reseñar lo más importante.

El carácter disperso y poco sistemático de sus criterios de publicación será, conviene irlo adelantando, una de las constantes de la revista. Conscientes quizá de ello, intentaron paliar esta situación con la creación de una especie de secciones fijas. A lo largo de su extensa primera época (en la segunda y tercera la presencia literaria será, como veremos, irrelevante) sólo cabe reseñar como fijas: «Llamas de capuchina», de José Canal, una suerte de máximas y aforismos a medio camino entre Ramón Gómez de la Serna y La Rochefoucauld que conocieron, con altibajos, una larga singladura y que se convirtieron en una de las señas de identidad de la revista, y tres secciones de prosa, también más o menos esporádicas: «Sin ninguna importancia», de Mariano E. Cardenal; «Recuerdos», de Miguel Muñoz San Pedro, conde de Canilleros (más puntual, duró hasta la muerte del autor y aún la revista publicó algunas inéditas como homenaje), y «Crónicas del valle verde», de Antonio Pérez Sánchez. Como otros intentos de seriación pueden considerarse la serie de «Acordes líricos» que Pedro Romero fue publicando a lo largo de varios números, sin solución expresa de continuidad, y otros más, bien que pronto abortados, como la colección (inconclusa) que «Helénides de Salamina» dedica a las musas<sup>9</sup>, y la serie de sonetos a diversos cuadros de pintores españoles (o así considerados) como Tiziano, Velázquez, El Greco, Zurbarán, Arellano o Luis de Morales, que Antonio López Martínez fue escribiendo durante varios números<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Recordado luego por Valeriano Gutiérrez Macías, muchos años después, en un artículo ya en la tercera etapa de la revista: 'Ángel Rodríguez Campos, «Helénides de Salamina» (1884-1956)', ALCÁNTARA, 3.ª época, n. 19, pp. 133 y ss. En 1988, César Chaparro y Luis Merino rescatan una de sus obras, una de las más monumentales e interesantes de los últimos tiempos en Extremadura, *El Panelenio*, Cáceres, Institución Cultural «El Brocense», 1988.

<sup>10</sup> Valencia del Ventoso, 1898-1972. Hombre culto y viajero infatigable. No tenemos constancia de que López llegara a publicar algún libro. Sí figura antologado en la mencionada obra del conde de Canilleros, y también en Gutiérrez Macías, Valeriano: *Cantores de la Virgen de la Montaña*, Cáceres, s. e., 1975, dos obras que tendremos reiteradamente que citar a lo largo de este trabajo.

Este encomiable empeño por erigirse en una especie de órgano cultural de la vida cacereña se ve, desgraciadamente enturbiado por el excesivo localismo que impregna la casi totalidad de la producción literaria que aparece en la revista <sup>11</sup>. Sin pretender establecer, ni mucho menos, unos parámetros sociológicos, no resulta descabellado pensar que ALCÁNTARA se mueve dentro de unas coordenadas culturales propiciadas por la situación política (evidente), social (una ciudad de provincias) y religiosa (de carácter exacerbado, como tendremos ocasión de ver). Qué duda cabe que esta serie de condicionantes abocarían en una línea editorial que si bien consigue indudables logros en otras materias y secciones que aparecen en la revista, reduce excesivamente el aparato literario a unos criterios, que, por saberse seguros de su éxito y recepción, mermaron, sin duda, la calidad literaria, salvo en algunos casos más que reseñables. A la escasa calidad, en líneas generales, del elenco de poetas que aparece en la revista, hay que unir un cierto monotematismo, una absoluta carencia de planteamientos nuevos (salvo en el caso de Manuel Pacheco parece que nunca hubo vanguardias en el ámbito de las letras <sup>12</sup>) y un agobiante localismo que, si bien permite la pronta localización y corroboración de la expresado, asfixia la proyección poética de muchos textos.

Sin adentrarnos en un denso estudio temático, y obviando la gran cantidad de poemas que desarrollan líricamente sentimientos amorosos, sí que vamos a detenernos brevemente en las tres grandes corrientes predominantes en la poesía que durante esta primera y tan extensa etapa van a aparecer de manera casi constante en ALCÁNTARA. A las tres las une (una vez más, salvo en casos aislados y muy localizados) una

<sup>11</sup> Algo que, sin embargo, no parece inquietar a alguno de sus colaboradores más fieles, quien, con una perspectiva más amplia, va a considerarlo, incluso como su principal seña de identidad: «Todo el grupo poético extremeño contemporáneo publicó en estas páginas *versos encauzados ya hacia las auténticas valoraciones de lo local*» (Canilleros, *op. cit.*, p. 13).

<sup>12</sup> Buena prueba del carácter clasicista, por no emplear un adjetivo más fuerte, que impregna la revista, la constituyen dos ejemplos. Por un lado la inmensa preponderancia del soneto como forma estrófica predilecta a lo largo de toda esta primera etapa, y por otros el impagable artículo de Carlos Callejo (luego director de la revista): «El surrealismo, enfermedad del arte», que apareció en el número 33, pp. 32-41, que supone toda una declaración de principios, y, a la larga, un resumen de la conciencia estética de la casi totalidad de colaboradores y redactores, a tenor de lo que fue apareciendo.

considerable distancia entre deseos y consecuciones. Dada la índole de los asuntos tratados, es lógico que se propenda a una sincera expresión de esos sentimientos, pero esta excesiva exposición ahoga más de un poema, que se nos antoja falto de aliento poético o mermado en sus posibilidades expresivas.

Como decíamos, tres son las corrientes predominantes (aparte la señalada) en esta primera etapa. Por un lado, un cúmulo extraordinario de poesía religiosa, dentro de la cual podemos indicar incluso diferentes tendencias. En primer lugar encontramos gran número de poemas que recrean algún acontecimiento religioso de carácter general o dogmático («Eucaristía», de Rafael González Castell), bien algún ciclo religioso como la Navidad («Nochebuena», de Amadeo Lorenzo), o la semana de pasión, mucho más reseñada, dada su condición de especialmente propensa a lo fervoroso, por tanto, mucho más representada y en multitud de perspectivas: personajes («María al pie de la Cruz», de Manuel Monterrey; «Oración a Jesús crucificado», de J. G. Rodríguez); hechos («Del pretorio al Gólgota», de Eloy Soriano; «Pascua de Resurrección», de Santos Sánchez-Martín), etc. También son abundantísimos los poemas dedicados a algún santo o imagen, bien de devoción especialmente cacereña («Rosario de oro a la Virgen de la Montaña», de José M.<sup>a</sup> Fernández Nieto <sup>13</sup>; «A la Virgen de la Victoria de Trujillo», de Gregoria

<sup>13</sup> Para nada nos sorprende el hecho de que el grueso de poetas cantores a la Virgen de la Montaña, de Cáceres, que recopila el mencionado Valeriano Gutiérrez Macías, lo integren miembros de la redacción o colaboradores asiduos de ALCÁNTARA. De los sesenta y ocho poetas censados aparecen en nuestra revista, tanto en la faceta de poetas como en la de narradores: Rafael García-Plata de Osmá, Diego María Crehuet, Luis Grande Baudesson, Francisco Belmonte y Romero, Enrique Montánchez Jiménez, Manuel Monterrey Calvo, Juan Luis Cordero Gómez, Elías Serradilla Vega, Ángel Rosado Acuña, Rufino Delgado Fernández, Eladia Montesino-Espartero Averly, Antonio López Martínez, Miguel Muñoz de San Pedro, Ramón Sánchez Cayetano, Fernando Bravo y Bravo, Camilo Lorenzo Amador, María Riaño Osuna, Gregoria Collado Alonso, Jesús Delgado Valhondo, Carlos Callejo Serrano, José Canal Rosado, Fray Antonio Corredor García, Santos Sánchez-Marín Paniagua, Ventura Durán Andrada, Francisco Domínguez Silva, Arturo Enrique Sánchez, Isidro Melara Berrocal, Juan García García, José María Fernández Nieto, Vicente González Ramos, Rufino Villalobos Bote, Julio Cendal Peñalver, Miguel Guijarro Ríos, Miguel Serrano Gutiérrez, Antonio Polo Bejarano, Pedro María Rodríguez Pérez, Nicolás Sánchez Prieto, Enrique Louzado Moreno, Luis Carlos Gutiérrez Gómez, María Rosa Vicente Olivas y Santos Nicolás Rodríguez. De ellos, y de los demás autores concitados, se ofrece amplia documentación y bibliografía. Con tal nómina, parece que ser colaborador de ALCÁNTARA y cantor de la Virgen de la Montaña eran una misma cosa.

Collado; «A San Pedro de Alcántara», de Gregorio Gallego Cepeda), o de otras regiones, Andalucía principalmente («La salida del Señor del Gran Poder de su iglesia», de Amantina Cobos; «Al Cristo de las Indulgencias», de José Canal, etc.). Pero quizá los poemas más interesantes de este ámbito religioso sean aquellos en los que los autores proclaman manifiestamente su fe y devoción («Estrella de la montaña», de J. L. Majada; «A Cristo Jesús», de Adolfo Maíllo; «Plegaria», de Eugenio Payo; «A mi crucifijo», de José Martínez Fernández; «*Ecce ancilla Domini*: Dulce es tu nombre, María», de Eladia Montesino; «Ante la cruz», de Vicente Neira; «Tengo fe ciega en tu misericordia», de Vicente Sánchez Arjona, o «Tres regalos a Dios», de María Rosa Vicente Olivas, entre otros muchos).

Otra corriente permanente a lo largo de esta primera andadura va a ser un tipo de poesía de circunstancias que casi llega a parecernos áulica en algunos ejemplos. Es fácil explicar que el carácter localista con el que hemos caracterizado la producción poética de la revista influye y explica meridianamente esta corriente (más todavía la que veremos en seguida). Una ciudad pequeña, un ambiente cultural pujante, pero reducido, y el contacto entre personas que más en serio o circunstancialmente, se dedican a lo mismo, provoca una corriente poética que los pone en relación a base de dedicarse poemas unos a otros, bien a modo de semblanza, bien como reconocimiento explícito de amistad, etc. Aparte de algunos números que están dedicados a la muerte de algún personaje importante en el ámbito de las letras o la cultura extremeña (Chamizo el 3, Adelardo Covarsí el 47-48, Gabriel y Galán el 81-82-83, Rodríguez Moñino), de la propia revista (Tomás Martín Gil el 12, Pedro Romero Mendoza el 156, el conde de Canilleros el 167, José Canal el 198) o de la Historia (Carlos V un número especial del año 1958), lo que va a producir un rosario de poemas recordatorios y encomiásticos, es muy frecuente encontrar en las páginas de ALCÁNTARA gran número de poemas que se dedican los colaboradores (asiduos o esporádicos) entre sí («A Manuel Monterrey», de Manuel Pacheco; «Sonatina: Salutación a Ostos», de Rufino Saúl; «A la memoria de J. L. Cordero», de Rufino Delgado Fernández), o dedican a personajes conocidos (entonces) del mundo de la cultura no ya internacional («A Antonio Machado», de Santos Sánchez-Marín), sino, preferentemente, local («Semblanza de la ilustre escritora Manola Pérez del Villar», de Vicente Sánchez Arjona; «A Angelita Capdevielle», de José Canal; «D. Joaquín Rosado Munilla», de Manuel Delgado Fernández). Todavía más común es que la poesía

resuelva la experiencia o la falta de un personaje determinante en la vida del autor, o muy querido, que surge sin rebozo desde el título mismo de la composición, y dota al poema de un carácter inmediato: «A mi madre», de Francisco Pedrera; «A Mari», de Germán Sierra; «A la niña Mari-Pili Rubio», de Gregoria Collado; «En la muerte de mi madre», de Ventura Leonardo; «Mari-Carmen», de Juan Emilio Aragonés; «Poemas a Isabel», de Carlos Tus; «A mi nieta Margarita», de Celestino Vega Mateos; en fin, una suerte, como se deduce, de poemas circunstanciales (algunos muy motivados, «Al caudillo Franco», de Fernando Bravo, cuando la muerte del dictador) que domina esta primera etapa de producción poética de la revista. Pero si hay un núcleo temático que atraiga la lírica de los autores de ALCÁNTARA, éste es, sin duda, «Cervantes y *El Quijote*». Asombra la cantidad de poemas dedicados tanto al autor, como a la obra, como a personajes de la misma, etc., y eso a lo largo de toda esta primera etapa. He aquí una selección: «A Cervantes», de José Canal; «A Cervantes (díptico)», de Eugenio Crespo; «Cervantes», de Lucas F. Prieto; «A Nuestro Señor don Quijote», de Eugenio Payo; «A don Quijote», de Antonio Mendoza; «Don Quijote, Dulcinea y Sancho», de Pedro Romero Mendoza; «Clavileño», de Eugenio Frutos; «Leyendo *El Quijote*», de Fernando Villalba, etc.

Con todo, donde más claramente se pone de evidencia este carácter localista que señalábamos es en el gran número de poesías que describen, glosan o evocan paisajes o lugares tanto de Cáceres capital («De madrugada. Estampas cacereñas», de Fr. Antonio Corredor; «Luna en el barrio de San Mateo de Cáceres», de Jesús Delgado Valhondo; «Barrio de San Mateo», de Santos Sánchez-Marín; «Noches de Cáceres», de Federico Reaño); como de pueblos de la provincia («Coria, rescatada», de Gervasio Velo; «Navalmoral de la Mata», de Pablo Jiménez; «Alcántara», de A. Polo Bejarano; «Puente de Alcántara», de Francisco Garzón; «Al castillo de la Almenara», de Francisco D. Silva; «Ceclavín», de Rufino Delgado Fernández; «Blancos cerezos del valle», de Felipe Jiménez Vasco), o evocaciones provinciales o regionales, generalmente de poetas en la diáspora, caso de poemas como «A Cáceres, lejos de mí», de Jesús Delgado Valhondo, o «Extremadura (Retrato en acuarela)», de Manuel Delgado Fernández.

No quisiéramos terminar este epígrafe sin hacernos eco de una corriente que no dudamos en denominar «dieciochesca», por cuanto recuerda la costumbre de poetas de este siglo de dedicar sus compo-

siciones a hechos o acontecimientos que tuvieran que ver con el progreso de las costumbres e instituciones. En este apartado deben señalarse composiciones como «Al átomo», de Eugenio Payo; «Sonetos a la II Asamblea de Estudios Extremeños», de Antonio López Martínez; «Ante el pantano en construcción de Gabriel y Galán», de Tomás Riego Blanco, o «A la Universidad extremeña», de Celestino Fernández Díaz.

#### *Nómina de colaboradores*

Sería ilusoria una catalogación efectiva del inmenso elenco de poetas que desfilan por las páginas de la revista, sobre todo porque, como ya hemos venido avisando, un elevado porcentaje de participantes, cumple por primera y quizá última vez en su existencia, el sueño de ver su nombre en letra impresa. Pero tampoco queremos dejar pasar la ocasión de que, en un número homenaje como el que nos trae aquí, dejáramos sin constar la aportación de unos cuantos nombres que, por lo menos, con este trabajo pueden ser rescatados del olvido y elevados a una mayor dignidad literaria que la que el espacio y otros criterios niegan aquí. No se cumple, ni mucho menos, una homologación entre presencia en la revista y en las prensas de las imprentas. Debido a esto, a la hora de ofrecer un catálogo de nombres hemos diferenciado solamente según el criterio de mayor o menor participación en la revista, no deteniéndonos en algún autor que, si bien ofrece una obra más amplia o conjuntada, tiene una aparición irrelevante en ALCÁNTARA. Por todo ello, en primer lugar, hay que repetir (pues la mayoría ya ha sido mencionada) algunos nombres imprescindibles en la evolución de la revista. Se trata de aquellos que, más o menos, han venido publicando a lo largo de toda la trayectoria, y cuya presencia les une indisolublemente con la aventura editorial de la que forman parte casi insoslayable; es el caso de J. Delgado Valhondo, F. Bravo, M. Monterrey, E. Frutos, M. Serrano Gutiérrez, J. Canal, P. Romero Mendoza, M. Pacheco, C. Callejo, Eladia Montesino y, más adelante, con una gran continuidad, Eugenio Payo, Matilde Camús, Eladia Morillo-Velarde, Nicolás Sánchez Prieto, Vicente González Ramos, José Devesa y María Rosa Vicente<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Ya hemos hablado de algunos de ellos, otros son lo suficientemente conocidos, y su bibliografía muy amplia, casos de Pacheco, Manuel Monterrey o Eugenio Frutos. De

Un segundo grupo de nombres iría constituido por aquellos que no alcanzan una larga cronología de colaboraciones pero que, durante un tiempo muy determinado, publican con gran asiduidad; es el caso de Fr. Antonio Corredor, Antonio F. Rodríguez, Antonio López Martínez, Manuel y Rufino Delgado Fernández, Juan Ramos Aparicio, Santos Sánchez-Marín, Juan Luis Cordero, Rafael González Castell, José Luis Majada, Adolfo Maíllo, M. Gutiérrez de la Fuente, Vicente Neria, Eloy Soriano, Edmundo Costillo, Gregoria Collado, Gregorio Gallego Cepeda, Juan Emilio Aragonés, Mario Ángel Marrodán, Fausto Botello de la Heras, Luis A. Pizarro Peñas, Francisco Emilio García, M. Ostos Gabella, Manuel Arjonilla Terrero, Arturo Benet, Rufino Saúl Gordo, Carlos Tus, José Maqueda Alcaide, Arturo Enrique Sánchez, Teodoro Cepeda Gil, Felipe Jiménez Vasco, Celestino Fernández Díaz, Juan Pablo Abril, José Devesa, Fernando Rúnico, Enrique Louzado Moriano, Elvira Rodríguez Holguín, José Álvarez Pérez y Gabino Iglesias Flores. Muchos de estos nombres, ya mencionados en las antologías a las que nos hemos venido refiriendo<sup>15</sup>.

Por último, entre aquellos de publicación aislada o única, no me resisto a silenciar, por lo que tiene de anecdótico y divulgativo, más que por cualquier otra cosa, el hecho de que Alberto Oliart Saussol (personalidad importante de la política extremeña y nacional, ministro en varios gobiernos de la democracia) publicara poemas en los números 37 y 41-42-43.

Miguel Serrano, puede verse un censo de su obra en Pecellín, *op. cit.*, p. 348; también en García Fuentes, Enrique: «Breve inventario de poetas extremeños», *El Urogallo*, núm. especial diciembre, 1990, p. 65. De Nicolás Sánchez Prieto (Guadalupe 1932), decir que publica el año 1972 un libro de original título *Libro de bienaventuranzas morenas*. María Rosa Vicente (Madrid 1959), unánimemente saludada como gran promesa de la poesía extremeña, ha ido silenciándose un tanto. Su fulgurante irrupción con *Llamarada azul*, Badajoz, Excm. Diputación Provincial de Badajoz, encontró continuidad en *Escalera de ratas*, editada en la antología *Poesía Extremeña Actual*, Badajoz, Esquina Viva, 1977, y en *Canto de la distancia*, Madrid, Rialp, col. «Adonais», 1978. Desde *Poemas*, Salamanca 1980, parece haber enmudecido.

<sup>15</sup> Puede encontrarse enjundiosa bibliografía de algunos de ellos en la mencionada obra de Manuel Pecellín, concretamente de Juan Pablo Abril (p. 329), Antonio Corredor (p. 333), Edmundo Costillo (p. 334), Manuel y Rufino Delgado Fernández (p. 335), Felipe Jiménez Vasco (p. 339), Enrique Louzado Merino (p. 340), Adolfo Maíllo (*ibid.*), José Luis Majada Neila (p. 341), Isidro Melara Berrocal (*ibid.*), Juan Ramos Aparicio (p. 343) y Celestino Vega (p. 350).

Lo cierto es que, como señalaba el conde de Canilleros más arriba, cualquier autor contemporáneo del ámbito extremeño de la cultura que se preciara publicó en la revista. ALCÁNTARA, pese a todos los altibajos descritos, sigue siendo la más sólida referencia para conocer los diferentes derroteros de la poesía extremeña en estas confusas décadas de los cincuenta y sesenta<sup>16</sup>.

En los últimos años de esta primera época, ALCÁNTARA abrirá sus puertas a una nueva generación de autores, algunos de ellos considerados fundamentales para esa transición de la literatura extremeña que supuso la todavía hoy discutida «generación del 75». En gozosa plenitud algunos, otros más esporádicos en las publicaciones, otros sumidos en un silencio preocupante, se trata de un grupo de autores que inyecta una savia nueva, unos derroteros distintos, algo lejos del «oficialismo» de la revista, que iba señalando el cambio de rumbo en que se encontraba la literatura extremeña, a las puertas de su primera madurez. Nombres como los de García Blázquez, Víctor Chamorro (colaborador habitual), José María Bermejo, Pureza Canelo, María Rosa Vicente (muy habitual), Fernando Flores del Manzano, Moisés Cayetano, Felipe Muriel, Tomás Martín Tamayo o Miguel Pérez Reviriego, algunos de los cuales, volverán a la revista en sus etapas siguientes, engrosan hoy ya, por derecho propio cualquier antología de la literatura extremeña que mínimamente se precie.

Menor recorrido, que no importancia, tiene la aparición de la prosa a lo largo de toda esta andadura. También carece de sistematización, ya

<sup>16</sup> La identificación entre la revista y lo más granado de la poesía del momento se hace evidente en la antología de Canilleros. De los cincuenta y cuatro autores recogidos en la misma, publicaron con mayor o menor asiduidad en ALCÁNTARA: Manuel José Arce, Fernando Bravo, Carlos Callejo, José Canal, Claudio Casares, Julio Cienfuegos, Gregoria Collado, Juan Luis Cordero, Fr. Antonio Corredor, Manuel Delgado Fernández, Jesús Delgado Valhondo, Ventura Durán Andrada, José María Fernández Nieto, Eugenio Frutos, Vicente González Hernández, Emilio González de Hervás, Miguel Guijarro Ríos, Publio Hurtado Pérez, Antonio López Martínez, Enrique Montánchez Jiménez, Manuel Montrey, Eladía Montesino, Miguel Muñoz de San Pedro, conde de Canilleros y de San Miguel, José María Osuna, Manuel Pacheco, Federico Reaño, Pedro Romero, Santos Sánchez-Marín, Nicolás Sánchez Prieto, Manuel Terrón Albarrán y Celestino Vega Mateos. Gran parte de los reseñados no era natural de Cáceres. La antología de Canilleros es, como él mismo indicaba, temática: «todos buscaron inspiración en Cáceres y en lo cacereno, para tejer con poemas, sonetos y romances, este amoroso conjunto, lírica ofrenda de cantos a la ciudad bimilenaria» (pp. 15-16).

que los límites entre «estampas», «recuerdos», «divagaciones», recrean la indefinición tradicional entre los géneros prosísticos. Lo único que facilita un tanto la labor del compilador es el marbete de «Cuento», que acompaña a algunos de estos relatos, los cuales, por lo menos, nacen con este deseo de ser así apreciados. En líneas generales, estos cuentos responden perfectamente al esquema así considerado, lo que ocurre es que, como en el ámbito de la poesía, su valoración es necesariamente dispareja.

La nómina de prosistas que aparece es, como señalábamos arriba, mucho más reducida que la de poetas. Como en ésta, se da también el caso de los típicos autores que aparecen una vez y ya no volvemos a encontrarlos por las páginas de la revista. Del mismo modo, ilustres firmas de reconocimiento nacional aparecen en las páginas, pero son muy pocas, el ya citado Ramón de Garciasol o Jorge Campos. Con todo, lo normal es que los integrantes de la prosa los hayamos encontrado también en la poesía, así Fernando Bravo, Delgado Valhondo, Santos Sánchez-Marín, Pedro Romero Mendoza, Julio Cienfuegos, María Reaño, Carlos Callejo, Ventura Durán, Rafael González Castell, Rufino Delgado, Arturo Benet, Hugo Emilio Pedemonte, Eugenio Payo, Gabino Iglesias, José Canal, Rúnico, Fernando Villalba Diéguez, Celestino Fernández Díaz o Tomás Martín Tamayo. Algunos de ellos publicarán después colecciones de cuentos o prosas, a veces, algunos de los aquí incluidos, lo que evidencia su confianza en ellos<sup>17</sup>. Como puramente prosistas, alguno alcanzando incluso alguna relevancia en el ámbito de las letras extremeñas, insistir en Andrés Calderón Rodríguez y el ya citado Antonio Pérez Sánchez. Sin embargo, y sin ánimo peyorativo, el cuentista «oficial» de esta etapa, por lo menos, de su final, es, sin duda, Arsenio Muñoz de la Peña; el más constante y también uno de los más dotados<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Es el caso de Jesús Delgado Valhondo, por poner un único ejemplo. Cuentos como «Yo soy el otoño», «Mastín, cállate, que ya la noche...» o «José, el loco» aparecen años después en *Ayer y ahora*, Badajoz, Universitas Editorial, 1990, mientras que «Los embozados» es recopilado en *El otro día*, Badajoz, Mnfis, 1990.

<sup>18</sup> Arsenio Muñoz de la Peña, Casas del Monte, provincia de Cáceres, 1920. Ha publicado *Diario*, Madrid, Escelicer, 1958; *Los grandes sabios*, Madrid, Aguilar, 1958 y *La generación nocturna*, Badajoz, Ins. Cultural «Pedro de Valencia», 1974. Se da el curioso caso de que en esta primera etapa de la revista publicó el mismo relato dos veces, «El novio de Helena», en los números 174 y 184, reducido la segunda vez.

Por último, en cuanto a teatro, consignar sólo un par de piezas breves de Manuel J. Arce, y la intervención de un completo desconocido, Julián Gustems, que siempre que apareció en la revista (no más de tres o cuatro veces) publicó teatro breve.

#### *Otras formas de atención al hecho literario*

Como ya advertimos más arriba, esta prolífica atención al mundo de la literatura durante esta interesante primera época no se centró exclusivamente en la apertura de sus páginas a cuantos prosistas y poetas (o por así tenidos) quisieron asomarse a ella, sino que buena prueba de ese interés lo constituye no sólo una sección de reseñas que, más o menos, se mantiene a lo largo de toda esta etapa, sino sobre todo, un completo grupo de artículos de crítica literaria (una corriente que se sistematizará en la tercera época de la revista) de la más variada índole, en la que, por ser el motivo de este artículo únicamente la creación literaria, no podemos entrar, pero que, desde luego, hemos de constatar. Bien, pues, aparte de todo esto, sí que nos vamos a detener en una serie de diferentes secciones que, con apariciones más o menos regulares a lo largo de la publicación, fueron adornando la revista con la aportación de obras de autores ya conocidos o consagrados. Los criterios de aparición de las secciones que en seguida comentamos fueron muy elásticos, y los títulos y definiciones de los mismos (verdaderas declaraciones de principios algunos) alterados por causas a veces explicables y otras no.

#### *«Ideario extremeño»*

Desde su mismo comienzo hasta el número 158 (recuérdese, el que, tras la muerte de Pedro Romero Mendoza, y con Carlos Callejo en la Dirección inicia esa «Tercera singladura») la revista fue publicando (salvo un lapso desde el número 123 al 138) una serie de reflexiones y textos escogidos de los principales autores nacidos en Extremadura a lo largo de la historia, fuera su relación con la región más o menos intensa, de hecho, esta filiación extremeña es la única que confiere unidad a los autores recogidos, pues la cronología abarca desde los tiempos del

Renacimiento a la casi inminente actualidad contemporánea. Sólo en una ocasión, en el caso de la aparición de Ramón Menéndez Pidal, se alterará esta condición básica de extremeño, pero el motivo es sólido: don Ramón aparece en el número monográfico dedicado al emperador Carlos V y hay que resaltar que el marbete de «Ideario extremeño» ha sido sustituido para la ocasión por el de «Ideario español».

La aparición de autores tampoco es homogénea; los hay que lo hacen de forma continuada y otros que sólo se asoman una vez. Veinticuatro autores distintos, algunos muy reconocidos, presentes, incluso hoy, en el ámbito de las lecturas y los estudios, y otros sólo recordados, si acaso, como nombre de alguna calle cacereña. Dado el título de la sección no extraña que pensadores, polemistas y filósofos copen la aparición en los diferentes números; así ocurre con Juan Donoso Cortés (hasta quince veces) o Juan Pablo Forner (trece). Con todo, al autor al que más veces se acude es a Fray Juan de los Ángeles, nada menos que hasta diecisiete veces se recoge la opinión o el comentario de este sacerdote placentino, que, lo que son las cosas, no nació, sin embargo en Extremadura<sup>19</sup>. Otros escritores reseñados, al menos más de tres veces, son Espronceda, Meléndez Valdés, Diego Sánchez de Badajoz, Bartolomé de Torres Naharro y el olvidado Luis de Miranda<sup>20</sup>. Como nota caracterizadora y aglutinadora, esta paradoja: pese al título de la sección es extrañísimo, por no decir casi imposible, encontrar la más mínima referencia a una peculiaridad, conciencia o seña típicamente extremeña; como advertimos, el mero hecho de haber nacido en la región es la carta de naturaleza que la revista otorga para incluirlos en este epígrafe<sup>21</sup>.

19 Efectivamente, Juan Martínez, que así se llamó en el siglo, había nacido en Oropesa, provincia de Toledo, el año 1536. Profesó, eso sí, en la ciudad de Plasencia. Es autor de una extenso número de obras religiosas, casi siempre dialogadas. Una condición que, como se deducirá, le hace muy adecuado para esta sección. Más datos en Pecellín, *op. cit.*, pero vol. I, Badajoz, Universitas, etc., 1980, pp. 41-55.

20 Natural de Plasencia. Autor teatral y poeta satírico, a él le debemos la conocida *Comedia pródiga*. Más datos en Pecellín, *op. cit.*, vol. I, pp. 55-69.

21 El resto del elenco lo completan: Vicente García de la Huerta, Juan Sorapán de Rieros, Diego María Crehuet, Antonio Reyes Huertas (todos con dos apariciones) y Gabino Tejado, Carolina Coronado, Diego López, Adelardo López de Ayala, Francisco Aldana, Micael de Carvajal, Catalina Clara Ramírez de Guzmán, Bartolomé José Gallardo, Vasco Díaz Tanco, Fernando Pérez Bueno, José López Prudencio y José María Gabriel y Galán, todos con una única aparición.

### «Nuestros clásicos»

Una sección distinta, pero de ámbito parecido. Al igual que en la anterior, también se recopilan autores extremeños, pero ahora no se trata de sus pensamientos o reflexiones, sino de sus textos literarios. Tal concepción, aunque, como veremos, muchos nombres se repiten, cambia la frecuencia de aparición en la sección. Ahora, como no podría ser menos, son los escritores más reconocidos (lo que aportaría un índice de aceptación en la propia revista) los que con más asiduidad aparecen. La sección anduvo por la revista desde el número 56 hasta el 158, curiosamente el mismo que cercenó también la sección anterior. Los autores que por ellas discurren fueron, de mayor a menor incidencia, Carolina Coronado (hasta ocho veces), Meléndez Valdés (siete), Espronceda y Diego Sánchez de Badajoz (seis), Catalina Clara Ramírez de Guzmán<sup>22</sup> y Juan Pablo Forner (cinco), Vicente García de la Huerta y Luisa de Carvajal y Mendoza (dos) y Bartolomé J. Gallardo, Donoso Cortés, Bartolomé de Torres Naharro, Vasco Díaz Tanco, Antonio Hurtado, Benito Arias Montano y Gabriel Acedo de la Berrueza y Porras con una única aparición. En suma, un elenco similar al que vimos en el anterior epígrafe, con idéntica caracterización de escasez o ausencia total de extremeñismo en los textos.

### «Autores contemporáneos»

Más elástica que las anteriores. Inicia su andadura en el número 75, pero en seguida, bajo este mismo marbete, van a aparecer ciertos autores que alteran tan nítida cronología. Durante muchos números aparecieron Antonio Machado, Enrique de Mesa, Ricardo León, Juana de Ibarborou y Teodoro Llorente (dos veces cada uno) y Gerardo Diego, Tomás Morales, Luis Rosales, Ramón Pérez de Ayala, Julio Herrera y Reissig, José de J. Esteves, Carmen Conde, Amado Nervo, Rafael González Castell, Lucio Santamaría, Juan Ramón Jiménez, Manuel Altolaguirre, José A. Balseiro, Rafael Laffón, Leopoldo Panero, Alejandro Gaos, Salvador

<sup>22</sup> En opinión de Manuel Pecellín, una poetisa muy dotada. Había nacido en Llerena el año 1611. Hoy está completamente olvidada.

Rueda, Luis Chamizo, Ramón D. del Corral y Cerón, Francisco Villaespesa, Francisco Valdés y Eduardo Hernández Pacheco. Si aceptamos el siglo xx como límite cronológico, podría admitirse semejante dispersión que, como se ve, aglutina a autores comúnmente considerados modernistas o de sus aledaños del 98 (Villaespesa, Rueda, Machado, León, Julio Herrera, Nervo, etc.), del novecentismo (Pérez de Ayala, Mesa, Juan Ramón), del 27 (Diego, Morales, Laffón, Altolaguirre) o de la más o menos inmediata posguerra (Conde, Panero, Gaos, etc.). Pero es que la sección también incluye autores de épocas anteriores, como Adelardo López de Ayala (dos veces), Hernando de Acuña, Fernando de Herrera y Manuel Machado (bien que estos tres en el ya mencionado número dedicado a Carlos V), y ya, perdiendo completamente la perspectiva (quizá por error, podría apuntarse, pero eso valdría para una vez, y no la reincidencia que sigue) Fernando de Herrera (de nuevo), Góngora, Lupercio Leonardo de Argensola y hasta el Marqués de Santillana.

### «Clásicos del siglo xx»

La perspectiva perdida en el anterior epígrafe, se recupera ahora en esta sección similar, por no decir idéntica, que, ahora sí, respeta escrupulosamente su marbete. La nómina que aparece es significativa de lo más granado de la producción literaria, aunque, como en el caso anterior (calidad más o menos indiscutible aparte) no encontramos el más mínimo criterio unificador, ni generacional, ni temático, ni nada por el estilo<sup>23</sup>. Durante su período de aparición en la revista, visitaron esta sección Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Amado Nervo, Antonio Machado, Adriano del Valle, Rubén Darío, Juana de Ibarborou, Eugenio D'Ors, Gerardo Diego, Borges, Pedro Salinas, Lorca, Leopoldo Panero, Francisco Villaespesa, Dionisio Ridruejo, Miguel Hernández, Jorge Guillén, Aleixandre, Manuel Machado, Eduardo Marquina, Dámaso Alonso, Pemán, Alberti, Gabriel y Galán, Carmen Conde y Luis Rosales. Una nómina, en fin, mucho más adecuada cronológicamente hablando, pero poco más.

<sup>23</sup> A no ser que consideráramos como tal el gran número de sonetos que aparece, una estrofa, como ya señalamos en su momento, importantísima para el gusto literario de la revista.

Tanto ésta como la anterior sección, mucho nos tememos que respondan a un único criterio de valoración o gusto personal de los redactores de la revista. Tanto a éstas como a las anteriormente reseñadas, nunca se les agradecerá bastante el afán divulgador de la literatura extremeña y española que echó sobre sí la redacción de ALCÁNTARA. Un afán divulgador que se completa con la sección «Pensamientos», de mucha más dispersión a lo largo de esta primera época, que recogía, como su nombre indicaba, máximas de autores de la más variada índole, sin ningún tipo de criterio generacional, local, nacional ni nada por el estilo.

La presencia literaria, auténtico soporte de la revista durante su extensa primera época, disminuye de forma más que notable durante las siguientes etapas de la revista. Qué duda cabe que los distintos avatares políticos (consolidación de la democracia, puesta en marcha del Estatuto de Extremadura, etc.) obligan a cambiar la orientación de la publicación convirtiéndola en un órgano mucho más divulgativo y ya no tan excesivamente centrado en el mundo cultural extremeño. Este cambio premia la consideración de la revista como un foro de debate para el futuro de la región, mientras relega (en algunos casos hasta hacerla casi desaparecer) la producción literaria que tan abrumadoramente había sostenido sus páginas durante casi treinta años.

Desde el número 158, ALCÁNTARA (todavía dirigida por Carlos Callejo) había cambiado su subtítulo por el de «Revista de la cultura extremeña», pero esta generalización no había ido en merma, ni mucho menos, de su contenido profusamente literario. Sin embargo, durante la segunda y tercera etapas, van a producirse sendos cambios de subtítulo que, ahora sí, van a condicionar el tratamiento de sus páginas. Bajo la dirección de Domingo Tomás Navarro, la revista abandona totalmente su filiación literaria, e incluso, si se me apura, sus contenidos culturales se subordinan (como quizá no pudiera ser menos dado el tiempo político que se vive) a los estrictamente socio-económicos. Su nuevo subtítulo es todo un índice, toda una apuesta por esta nueva filiación «Al servicio de la provincia de Cáceres». Cuando en la siguiente etapa, la revista se desarrolle bajo la batuta de Romano García, su nuevo subtítulo, será también un índice (y quizá con este director no podía ser menos) de su nueva orientación: «Revista del Seminario de Estudios Cacerreños», qué duda cabe que, bajo este marbete (y en vías de conso-

lidación de la mentalidad regionalista) se propugna una orientación mucho más científica y especializada de la revista, que abandona totalmente la tendencia anterior, para convertirse ahora en una de las más documentadas y preparadas de cuantas se publican en la región, pero que, sin embargo, no va a recuperar la presencia literaria que tanto la caracterizó en un principio, y que ahora queda cada vez más relegada, llegando, durante muchos números, a hacerse inexistente.

#### LA SEGUNDA ÉPOCA. 1980-1984

Aunque no sea competencia de este trabajo, no podemos dejar de reseñar el gran cambio que se produce en nuestra revista cuando comienza esta segunda etapa dirigida ahora por Domingo Tomás Navarro. Desde el mero formato, mucho más endeble y más parecido ahora a una de las muchas publicaciones divulgativas, nada que ver con la presentación más académica y filológica de la etapa anterior, se nos anuncia un nuevo rumbo. Este nuevo rumbo tendrá, obviamente, sus partidarios y detractores, pero, insistimos, los dieciocho números que entre 1980 y 1984 componen la segunda etapa de la publicación, se deben a una serie de hechos socio-políticos que condicionaron su trayectoria. Por cuanto se refiere a la presencia literaria, apresurémonos a resaltar, como advertimos, su enorme disminución. También su re-ubicación. Frente a la anarquía de la primera etapa, que alegremente desparramaba poesías y prosas a lo largo y ancho de la revista, en esta segunda etapa, la creación literaria se almacena en un reducido nicho preparado al efecto con el título de «Arte-Letras-Cultura», que rara vez excede de las diez páginas (lo que no quiere decir, ni mucho menos, que la totalidad de las mismas esté dedicada a la creación) y que, lo que es peor, no siempre aparece. Como digo, alternan creación y algunos estudios y comentarios, pero éstos, la mayoría de las veces, simples reseñas de algún galardón literario, van agarrotando paulatinamente el otrora amplio espacio para la poesía o la prosa. Estos géneros se reducen ahora a la esporádica aparición de algún poema o cuento breve, que quizá adolecen, es una impresión, de la extrañeza de verse improprios en un entorno que ya no les arropa como en la primera

etapa. Los números 2, 6, 8, 10, 11 y 12 son los únicos que permiten la aparición literaria, bien que de forma poco sistemática. Hay que esperar hasta (¿precisamente?) los tres últimos números de esta singladura para congratularnos de un cambio de orientación que parece querer volver a dignificar la presencia literaria en las páginas de ALCÁNTARA. Se instaura en estos tres números un nuevo epígrafe, titulado ahora (*¿sua culpa?*) «La vuelta de la hoja» que aglutina esa dispersión que había caracterizado números anteriores.

Entre los colaboradores, viejos conocidos y asiduos de la revista como Jesús Delgado Valhondo, Manuel Pacheco, Víctor Chamorro y Miguel Serrano, que se erige ahora en la presencia más constante (publica en cuatro números) y que sirve de claro enlace con la promoción anterior. Llama la atención la aparición en el último número de la etapa de autores de los primerísimos tiempos de la revista o ya fallecidos (entonces) como Ventura Durán o Antonio Corredor. El resto del elenco lo completan autores que también se han asomado tímidamente a las páginas anteriores de la revista, como Pablo Jiménez García<sup>24</sup>, Tomás Martín Tamayo o Pureza Canelo y José M.<sup>a</sup> Bermejo, quienes, junto a la aparición ahora de Ángel Sánchez Pascual, dotan a la creación literaria, sobre todo en lo que se refiere a la poesía, de una mayor brillantez. Otros autores que se estrenan en la revista, como A. M. Hernando (en dos ocasiones), Isabel Pérez Santos y José J. Martín Santos, aportan relatos.

En suma, si la presencia literaria disminuye sobremanera en esta segunda etapa, hay que decir, en honor a la verdad, que la categoría, que la calidad, aumenta. Ahora, en la mayor parte de los casos aludidos, estamos ya ante escritores consagrados, y, en algunos casos (Canelo, Sánchez Pascual, también Bermejo, pese a su obstinado silencio) en gozosa madurez creativa, lejos ya del carácter improvisado y circunstancial que caracterizó la primera etapa de la revista.

<sup>24</sup> Natural de Navalmoral de la Mata (1943), conoce por estas fechas un cierto auge de publicaciones: *La luz bajo el celemín*, Madrid 1978. *Cáceres o la piedra y otras soledades*, Cáceres 1981. *Descripción de un paisaje*, Badajoz 1982. García Fuentes, art. cit., p. 65.

Si la anterior etapa reducía considerablemente la aparición de la literatura (tanto en verso como en prosa) en las páginas de la revista, comparativamente esta tercera etapa con la que convivimos la reduce aún más. ALCÁNTARA pertenece ahora a la Institución Cultural «El Brocense», pero, contra lo que pudiera pensarse dada la filiación más política de la Institución, los contenidos de la revista no han ido (afortunadamente) por estos derroteros. La llegada de Romano García a la dirección de la revista (también a la dirección de la Institución en un primer momento) imprime un carácter mucho más científico, muy acorde con la solidísima preparación de su nuevo titular. La revista también cambia por fuera. El horroroso formato de la segunda etapa cede su lugar a una presentación mucho más sobria, pero, a la vez, más cuidada, muy acorde con los contenidos que incluye. Esta nueva etapa opta por dar cabida fundamentalmente a trabajos de investigación y especialización en diferentes ámbitos de la cultura preferentemente extremeña, el estudio filológico (por cuanto tiene de relación con el tema que suscitan estas páginas) es abordado ahora con mayor enjundia y calidad, al mismo nivel que los temas artísticos o antropológicos que encuentran, como lo hicieran antaño, cabida en estas páginas. El nivel de preparación de los participantes es sensiblemente superior, más metodológico que impresionista y, por primera vez, es la universidad la que copa las firmas de cuantos intervienen en la publicación. Ahora bien, frente a este despliegue cultural que sitúa a la revista a la altura de las más prestigiosas publicaciones especializadas de la región, hay que reseñar, como ya hemos venido adelantando, la considerable merma de la participación creativa en el ámbito de la literatura. Una tendencia que, vistos los últimos números, nos tememos que está muy lejos de corregirse.

En los números que componen esta tercera etapa la aparición literaria es no sólo minoritaria, sino irregular. Hay que constatar un encomiable esfuerzo en los primeros números por abrir la revista al ámbito creativo. Así, en los siete primeros ejemplares reseñamos la aparición de diez autores diferentes. Sin embargo, sólo en el 10 y en el 11 vuelve a aparecer creación literaria. Hasta el número 27 no volveremos a encontrar esta clase de publicación en la revista. Eso sí, parece iniciarse, desde este número, un intento por recuperar el carácter fijo de la

creación literaria en la revista, pero en los últimos números esta sección vuelve a brillar por su ausencia.

En esta tercera etapa, desde 1984, la creación poética y prosística se tiñe, en líneas generales, de modernidad. En una decidida apuesta por lo nuevo, la revista acoge a un puñado de jóvenes autores que, en su momento, formaron la avanzadilla de una nueva orientación estética extremeña, sobre la que mucho se ha hablado, pero que hoy día se han encontrado con destinos distintos, cuando no decididamente adversos<sup>25</sup>. Junto a la permanencia (que no es sino un símbolo de lo que fue su perenne juventud) de Jesús Delgado Valhondo se sitúan nombres como los de Javier Pérez Walias y María José Flores, hoy por hoy, dos de las más firmes realidades no ya del ámbito de la poesía meramente extremeña, sino nacional. De la misma hornada, Pilar Álvaro, Antonio Díaz Samino, Santos Domínguez Ramos<sup>26</sup>, Teodoro Sáez Hermosilla, Miguel Fernández Padilla, Joaquín Paredes o Francisco Jorge Hidalgo en el ámbito de la poesía y Piedad Silva, Amschel Paz y Agustín Romero Barroso en la prosa. Al mismo tiempo, reseñar también la aparición de autores con una obra más consolidada, como Luis Martínez Terrón o Juan Garodri<sup>27</sup>. Por último, constatar un caso antaño común en la trayectoria de la revista, como es la publicación de alguno de los muchos premios literarios menores concedidos en la capital o en la provincia de Cáceres (que sirvieron, como en el reseñado caso de María Rosa Vicente Oliva, para darse a conocer). El número 11

<sup>25</sup> Algo que ha quedado ya perfectamente dilucidado en el monumental trabajo de Miguel Ángel Lama Hernández, *Diez años de poesía en Extremadura (1985-1994)*, Cáceres, Colección de Poesía Ciudad de Cáceres, 1995.

<sup>26</sup> De estos cinco autores mencionados puede encontrarse información tanto en la ya citada obra de M. Á. Lama, como, en un tono mucho menos enjundioso, en mi artículo 'Una generación poética en la última década', *El Urogallo Extremadura*, sept.-oct. 1992, pp. 38-41.

<sup>27</sup> Había publicado ya en la primera etapa de la revista, sólo que con su nombre auténtico, Juan García Rodríguez. Manuel Pecellín registra su producción (*op. cit.*, p. 337) y emite sobre él un comentario («ha compuesto una de las obras poéticas más originales aparecidas últimamente en Extremadura») que evidencia, a la par, la perspicacia del crítico, y la maestría de un autor que no ha hecho, desde entonces, sino ir corroborando y consolidando esa opinión. Con posterioridad, Garodri ha publicado *Pero de miel y de ceniza*, Badajoz, Universitas, 1984, y *A fugitivas sombras*, Mérida, EREX, 1991. Con este poemario ganó el Premio «Constitución», de poesía, lo que certifica su trayectoria ascendente.

publica el relato de una niña, Jara Bedmar, de la que ignoramos su continuidad en estas lides.

Tradicición y novedad, continuidad e intentos de renovación, clasicismo y vanguardia. El apasionante viaje que supone sumergirse en la creación literaria de la revista ALCÁNTARA (y del que estas páginas no son más que un simple emisario que invita a la intensificación) obliga a repetir que no debiera perderse este interés por la literatura que sostuvo la revista y a la revista desde los ya muy lejanos años de su fundación. Foco liberal que permite la convivencia, a lo largo de toda su andadura, de lo más granado de la poesía y prosa extremeña, con el más peligroso acercamiento al ripio insostenible (hoy ya inencontrable), esta tolerancia nos hace abogar porque otras secciones respeten este espacio de la literatura que tanto mimó la revista desde su inicio y sin la cual quedaría irremediabilmente lesionada.

ENRIQUE GARCÍA FUENTES